

## EL SURGIMIENTO DEL BLOQUE SOVIÉTICO

Rusia fue la nación que sufrió mayores daños de las que participaron en la guerra. Se estima que su número de muertos, tanto civiles como militares, varía de 10 a más de 20 millones. Veinticinco millones de personas quedaron sin hogar. Grandes áreas de la tierra más fértil para la agricultura y algunas de las regiones más industrializadas resultaron devastadas. Según las estimaciones oficiales, el 30 % de la riqueza anterior a la guerra fue destruida.

A pesar de los sufrimientos del pueblo ruso, la Unión Soviética surgió como una de las dos superpotencias en el mundo de la postguerra. Aunque su renta per cápita era baja, su vasto territorio y población permitieron que desempeñase este papel. Para restaurar la devastada economía y aumentar la producción a nuevos niveles el gobierno lanzó el Cuarto Plan Quinquenal en 1946. Al igual que habían hecho los planes anteriores, concedía especial importancia a la industria pesada y de armamento, con particular atención a la energía atómica. Asimismo, en el nuevo plan se utilizaron generosamente las reparaciones monetarias y tributos de los países que habían formado parte del Eje y de los nuevos satélites de Rusia.

Stalin, más poderoso que nunca, introdujo cambios en los altos cargos, tanto del gobierno como de la economía, durante los primeros años de postguerra. Una revisión constitucional en 1946 sustituyó el Consejo de Comisarios del Pueblo por un Consejo de Ministros, en el que Stalin asumió el puesto de presidente o primer ministro. Los ministerios encargados de la supervisión y del control de la industria y de la agricultura sufrieron drásticas depuraciones en su personal por su incompetencia y su poca honradez. Otros altos cargos del gobierno y del partido fueron despedidos de forma similar, aunque hay razones para creer que el motivo real de Stalin fue la falta de confianza en la lealtad de su gente.

Stalin murió en 1953. Tras dos años de «liderazgo colectivo» y de juegos de alianzas entre los altos dirigentes del Partido Comunista, Nikita Krushev, que había sucedido a Stalin como primer secretario del partido, surgió como el líder supremo. En el Vigésimo Congreso del Partido, celebrado en febrero de 1956, Krushev pronunció un largo discurso en el que denunció a Stalin como un tirano despiadado, morboso y casi loco que había ordenado la ejecución de innumerables personas inocentes. Su egotismo, dijo, le había llevado a cometer errores que motivaron gran sufrimiento en Rusia y causaron la pérdida de contacto entre el pueblo y el gobierno; y fue para glorificarse por lo que estableció el «culto a la personalidad». Con todo, Krushev cuidó de destacar que el despotismo de Stalin representaba una aberración de la política correcta y proclamó la vuelta del liderazgo colectivo a los principios leninistas. Supuestamente secreto, el discurso de Krushev llegó al dominio público tanto dentro

como fuera de la Unión Soviética. Causó mucha confusión y agitación entre los pueblos de los países comunistas y dañó seriamente la causa del comunismo al ratificar los males del régimen de Stalin. El gobierno comenzó un programa de «desestalinización» que incluía el traslado de su cadáver de la famosa tumba de Lenin en la Plaza Roja de Moscú.

A pesar del cambio de dirección y de algunas reformas superficiales, la naturaleza básica del sistema económico soviético no cambió. En 1955 el gobierno anunció el «cumplimiento» de un plan quinquenal y la inauguración de otro, aun cuando altos cargos se quejaron de la ineficacia generalizada y del fracaso de un tercio de las empresas industriales en conseguir sus objetivos de producción. La industria pesada soviética continuó aumentando su producción, pero distó mucho de alcanzar su objetivo de superar a los Estados Unidos. La producción de bienes de consumo, que nunca fue objetivo prioritario en la planificación soviética, continuó siendo pobre, al extremo de que los consumidores se veían abrumados por su escasez y poca calidad.

El sector agrario soviético permaneció en un estado de crisis casi continuo a lo largo del período de la postguerra, a pesar de los enormes esfuerzos del gobierno por aumentar la productividad. El sistema de granjas colectivas no ofrecía incentivo suficiente para los campesinos. En su lugar, concentraron sus energías en las pequeñas parcelas privadas de hasta media hectárea (1,2 acres) que les estaba permitido cultivar, parte de cuya producción podían vender en el mercado. Estas parcelas constituían poco más del 3 % de la tierra cultivada de Rusia, pero producían una quinta parte de la leche del país y un tercio de la carne fresca, así como gran parte de las frutas y verduras. En 1954 Krushev inició un proyecto de «tierras vírgenes» para poner en explotación grandes franjas de tierra baldía en el Asia soviética. Al año siguiente lanzó una ofensiva para aumentar la producción de maíz, y en 1957 anunció una campaña para alcanzar a los Estados Unidos antes de 1961 en la producción de leche, mantequilla y carne. Ninguno de estos programas llegó a acercarse ni remotamente a los objetivos expresados. A pesar de las amenazas de castigo y despido de los funcionarios agrícolas, Krushev y sus planificadores no pudieron superar al mal tiempo, la mala dirección burocrática, la escasez de fertilizantes y sobre todo la falta de entusiasmo de los campesinos. La escasez de alimentos continuó caracterizando la vida soviética. Rusia, históricamente exportador de grano, se vio obligada en la década de 1960 a importarlo de los países occidentales (Australia, Canadá y Estados Unidos) pagándolo en oro.

Aunque los aliados fueron conscientes, primero de las dificultades y, después, de la imposibilidad de llegar a un acuerdo en los términos de un tratado de paz con Alemania, sí consiguieron firmar tratados con sus satélites y ponerse de acuerdo en el tratamiento que había que dar a las víctimas de la agresión nazi en Europa oriental. Los términos generales del acuerdo del este europeo habían sido prefigurados en conferencias durante la guerra, sobre todo en la de Yalta. En ellas se había previsto el

papel fundamental que habría de desempeñar en él la Unión Soviética —concretado de momento a la ocupación del área por sus tropas—, si bien Stalin había prometido elecciones libres y «gobiernos de amplia representación», promesa que nunca llegó a cumplir. Después de un año y medio de negociaciones, en febrero de 1947 se firmaron tratados con Rumania, Hungría, Bulgaria y Finlandia.

La resurrección de Checoslovaquia y Albania se daba por hecha. Como esos países nunca habían estado en guerra con los aliados —de hecho, fueron las primeras víctimas de la agresión del Eje— no hubo obstáculos para restaurar su independencia. El modo en que fueron liberados, sin embargo, garantizaba su permanencia dentro de la esfera de influencia soviética.

Checoslovaquia fue liberada por las tropas soviéticas y Eduard Benes, presidente antes de la guerra y personaje respetado internacionalmente, volvió como presidente del gobierno provisional. En unas elecciones relativamente libres en mayo de 1946 los comunistas obtuvieron un tercio de los votos y formaron el grupo mayoritario de la nueva asamblea constituyente. Klemenet Gottwald, el líder comunista, fue nombrado primer ministro, pero la asamblea reeligió unánimemente a Benes como presidente. El país continuó bajo un gobierno de coalición, con Benes esperando hacer de Checoslovaquia un puente entre Rusia y Occidente, hasta que los comunistas tomaron el poder en febrero de 1948.

Durante la guerra, Churchill y Stalin, sin consultar a Roosevelt, acordaron delimitar esferas de influencia idénticas en Yugoslavia para después de la guerra. En realidad, los partisanos yugoslavos, mandados por el mariscal Tito, liberaron al país con escasa ayuda rusa y prácticamente ninguna de Gran Bretaña, otorgando así al país cierta dosis de independencia. Las elecciones de noviembre de 1945 dieron al Frente de Liberación Nacional, dominado por los comunistas de Tito, una mayoría sustancial en la nueva asamblea constituyente, la cual no tardó en derrocar la monarquía y proclamar una República Popular Federal. En teoría, la nueva constitución era similar a la soviética, y Tito gobernó el país de modo parecido al de Stalin. Sin embargo, se negó a aceptar los dictados de la Unión Soviética y en 1948 rompió públicamente con este país y los demás satélites comunistas.

La determinación de las fronteras de Polonia y de su forma de gobierno constituyeron uno de los problemas más espinosos a la hora de hacer la paz. En la última fase de la guerra había habido dos gobiernos provisionales, uno en Londres y otro en la Polonia ocupada por Rusia. Ante la insistencia rusa y con la conformidad occidental, los dos grupos se unieron para formar un Gobierno Provisional de Unidad Nacional, con una promesa de prontas «elecciones libres y sin trabas». La coalición duró hasta 1947, cuando los comunistas expulsaron a sus socios y asumieron el control total. El acuerdo territorial provisional de Potsdam desplazaba a Polonia 300 millas hacia el oeste. El lenguaje empleado en el acuerdo estipulaba solamente que Polonia debería tener una «administración temporal» de la zona al este de la línea Oder-

Niese, es decir, aproximadamente una quinta parte de la Alemania de antes de la guerra; pero los polacos, con el apoyo soviético, consideraron el acuerdo como una compensación definitiva por sus cesiones a la Unión Soviética, que constituían casi la mitad de la Polonia anterior a la guerra. Expulsaron inmediatamente a los millones de alemanes que residían en la zona para hacer sitio a los millones de polacos que acudían desde la zona ocupada por los rusos. Estos enormes movimientos de población, junto con otros similares en diversas partes de Europa oriental, volvieron las fronteras étnicas a lo que Arnold J. Toynbee denominaría «el *status quo ante* 1200 d.C».

Los tratados de paz con los satélites del este de Europa de Alemania — Rumania, Bulgaria y Hungría— contenían estipulaciones territoriales que seguían un modelo histórico anterior. Rumania recuperó Transilvania de Hungría, pero tuvo que devolver Besarabia y el norte de Bukovina a la Unión Soviética y el sur de Dobrudja a Bulgaria. Hungría fue la que más perdió, ya que no ganó nada y tuvo que ceder una pequeña zona a Checoslovaquia, que perdió Rutenia en favor de la Unión Soviética. Las tres naciones derrotadas tuvieron que pagar reparaciones —300 millones de dólares Hungría y Rumania y 70 millones Bulgaria (calculados con los precios de 1938, con lo que la cantidad real era mayor)— cuya mayor parte fue a parar a Rusia. Bajo la protección de tropas soviéticas, los comunistas que participaban en los gobiernos de frente popular, y que habían sido entrenados en Moscú, tuvieron pocas dificultades para librarse de sus colaboradores liberales, socialistas y los que defendían los intereses agrarios, y no tardaron en establecer repúblicas populares según el modelo soviético. Finlandia perdió algún territorio en favor de Rusia y tuvo que pagar 300 millones de dólares en reparaciones, pero se libró de un gobierno de frente popular en las fronteras con Rusia, manteniendo una precaria neutralidad.

Las cláusulas de los tratados de paz omitieron mencionar la desaparición de los países bálticos de Letonia, Lituania y Estonia. Siendo parte del imperio zarista antes de 1917, habían sido incorporados a la Unión Soviética en 1939-40 y luego invadidos por Alemania en 1941. Reocupados por el Ejército rojo en 1944-45, fueron anexionados tranquilamente a la Unión Soviética como supuestas «repúblicas autónomas». El hecho de que no fueran mencionados en las negociaciones de paz implica el reconocimiento de que formaban parte otra vez del nuevo imperio ruso.

En enero de 1949, viendo el éxito inicial del Programa de Rehabilitación Europea, la Unión Soviética creó el Consejo de Mutua Ayuda Económica (COMECON) en un intento de integrar las economías de sus satélites del este de Europa en una unión más coherente. Incluía a Albania, Bulgaria, Rumania, Hungría, Checoslovaquia, Polonia y Alemania Oriental. Aunque teóricamente pretendía coordinar el desarrollo económico de los países comunistas y promover una división del trabajo más eficaz entre ellos, en realidad sirvió para que los satélites dependieran económicamente aún más de la Unión Soviética. En lugar de desarrollar un sistema de comercio multilateral, como el

de Europa occidental, la mayor parte del comercio, tanto con la Unión Soviética como entre ellos, siguió siendo bilateral.

Cuando Stalin murió en 1953 el bloque soviético de Europa presentaba una imagen de unidad monolítica. Cada satélite era más o menos\* una réplica a pequeña escala de la Unión Soviética, y todos bailaban al son que tocaba Moscú. Sin embargo, tras esta fachada de unidad existían tendencias de escisión. Cuando Yugoslavia rompió con el bloque soviético (aunque siguió siendo una nación comunista) muchas personas de los otros satélites hubieran querido hacer lo mismo. Poco después de la muerte de Stalin, una oleada de agitación inundó los Estados satélites. Brotaron huelgas y disturbios en varios países, y la situación se agravó de tal manera que las autoridades soviéticas, aún en ocupación, tuvieron que utilizar la fuerza militar para reprimirlos.

En 1956 en Hungría, Imre Nagy, un «comunista nacional», llegó a primer ministro prometiendo reformas a todos los niveles e incluso elecciones libres. También anunció que Hungría se retiraría del Pacto de Varsovia, alianza militar patrocinada por los soviéticos, y pidió que las Naciones Unidas garantizaran una neutralidad perpetua para Hungría en las mismas condiciones que Austria. Aquello fue demasiado para la Unión Soviética. El 4 de noviembre, a las 4 de la madrugada, tanques y bombarderos soviéticos iniciaron un ataque sincronizado sobre Hungría cuyo resultado fue una destrucción tan horrible como la de la Segunda Guerra Mundial. Durante diez días los trabajadores y estudiantes húngaros pelearon como héroes inútilmente con armas de sus propios soldados contra un enemigo visiblemente superior. Incluso después de que los rusos recuperaran el control y establecieran un nuevo gobierno títere, muchos continuaron con actividades de guerrilla en las montañas, mientras que más de 150.000 escapaban a través de la frontera abierta de Austria, buscando refugio en Occidente. La revuelta húngara mostró claramente que incluso una Rusia desestalinizada no estaba dispuesta a renunciar a su imperio comunista.

El movimiento por un socialismo democrático genuino todavía fue más allá en Checoslovaquia. En enero de 1960 el Partido Comunista Checo dirigido por Alexander Dubcek, se deshizo de los dirigentes estalinistas de la vieja guardia, proponiendo un programa de reformas de largo alcance que incluía una mayor confianza en los mercados libres en lugar de los precios dictados por el gobierno, la disminución de la censura en la prensa y un aumento considerable de la libertad personal. Los dirigentes del Kremlin al principio intentaron convencer a los líderes checos de volver a la política comunista ortodoxa, pero sin éxito. Finalmente, en agosto de 1968, el ejército y las fuerzas aéreas soviéticas invadieron Checoslovaquia y establecieron la ley marcial. De nuevo, igual que en Alemania Oriental en 1953 y Hungría en 1956, los acontecimientos demostraron que el imperio comunista de Rusia sólo podía mantenerse por la fuerza.

Sin ser miembro del bloque, la República Popular China se alió brevemente con la Unión Soviética. China, un país pobre, había sufrido enormemente en la Segunda Guerra Mundial. Durante la guerra, los comunistas chinos cooperaron con el

líder nacionalista Chang Kai-chek contra los japoneses, pero mantuvieron un ejército independiente en el norte de China, abastecido por requisas e incautaciones locales y equipado por la Unión Soviética. Asimismo, ganaron muchos seguidores entre un campesinado cansado de la guerra. Cuando ésta acabó, combatieron contra Chang y en 1949 consiguieron que tanto él como sus seguidores abandonaran el continente hacia Taiwán. El 1 de octubre de 1949 los comunistas, dirigidos por Mao Tse-tung y Chu En-lai, proclamaron formalmente la República Popular de China (RPCh) con capital en Pekín (Beijing).

Basándose en las tácticas de las modernas dictaduras de partido único, los comunistas extendieron rápidamente su control sobre todo el país, consiguiendo un grado de poder centralizado sin precedentes ni siquiera en la larga historia del despotismo chino. Con el control político firmemente establecido, el nuevo gobierno emprendió la modernización de la economía y la reestructuración de la sociedad. Al principio toleró la propiedad de los campesinos con más limitaciones, la propiedad privada del comercio y de la industria, pero en 1953 empezó a fomentar la colectivización de la agricultura y se emprendió la nacionalización de la industria. Aunque se consiguieron resultados significativos, la cúpula del partido no quedó satisfecha, y en 1958 se embarcó en el «gran salto hacia delante»: un esfuerzo intenso para alcanzar a las economías industriales avanzadas. En poco tiempo este ambicioso programa demostró ser un catastrófico fracaso. La población fue incapaz de mantener el esfuerzo y los sacrificios exigidos por sus dirigentes, y una oleada de hambre causada por la actuación del propio hombre segó millones de vidas. En 1961 el gobierno revisó sus objetivos y reanudó el crecimiento a un ritmo menos frenético.

Un objetivo fundamental de la dirección comunista china fue la estructuración de la sociedad y la reforma de los procesos de pensamiento, comportamiento y cultura. Los vestigios de estructura de clase «feudal» y «burguesa» fueron eliminados mediante los sencillos recursos de la expropiación y al ejecución, pero obtener lealtad y obediencia de la vasta burocracia que todavía estaba anclada en las antiguas tradiciones del mandarín, y de los intelectuales, científicos y técnicos, que, en su mayoría, se habían educado en Occidente, se reveló más difícil. Finalmente, en 1966, Mao desató la «gran revolución cultural», marcada por tres años de terrorismo y violencia durante los cuales muchos intelectuales fueron obligados a trabajar como campesinos y obreros.

Desde el principio, la República Popular China había contado con la ayuda económica, técnica y militar de la Unión Soviética, pero los chinos se negaron a aceptar los dictados soviéticos. En 1960 la URSS cortó su ayuda y retiró todos sus asesores y ayudantes técnicos. En pocos años, tras una serie de choques fronterizos, las dos superpotencias del mundo comunista estuvieron al borde de una guerra abierta. A pesar de la retirada de los técnicos y la ayuda soviéticos, China consiguió su mayor triunfo tecnológico en 1964 con la explosión de una bomba atómica.

Para compensar la hostilidad de la Unión Soviética, los chinos emprendieron un acercamiento a Occidente, que llegó a su clímax en 1971 cuando los Estados Unidos retiraron sus objeciones para la admisión de la República Popular China en las Naciones Unidas. Tras la muerte de Mao, en 1976, aumentaron los contactos con Occidente, y en la década de 1980, bajo el liderazgo de Deng Xiaoping, el gobierno volvió a permitir el libre mercado y la libre empresa, si bien dentro de ciertos límites.

La Unión Soviética tenía otros tres Estados satélites o clientes en Asia. En 1924 la República Popular de Mongolia se convirtió en el primer Estado comunista fuera de la URSS. (La que se había conocido como Mongolia Exterior, obtuvo su independencia de China en 1921 con la ayuda soviética.) Semiárida y apenas poblada, su economía se basaba primordialmente en el pastoreo, aunque después de la Segunda Guerra Mundial empezó a explotar sus recursos minerales (cobre y molibdeno) con ayuda de la Unión Soviética y de otros países comunistas. Ingresó en el COMECON en 1962. En 1978 el primer secretario del partido comunista anunció que había pasado de ser un país agrícola-industrial a ser un país industrial-agrario.

Después de la derrota de Japón, los ejércitos americano y soviético ocuparon Corea conjuntamente. Sus zonas estaban separadas solamente por el paralelo treinta y ocho. Los esfuerzos por unir el país bajo un régimen único fracasaron, y en 1948 las autoridades soviéticas y americanas organizaron regímenes separados en sus respectivas zonas y poco después retiraron sus fuerzas armadas. La República Popular Democrática de Corea, o Corea del Norte, tiene una economía de tipo soviético, relativamente industrializada si se compara con el resto de Asia. Pese a los daños sufridos durante la guerra de Corea, su industria se rehízo rápidamente con la ayuda soviética y china.

La República Socialista de Vietnam proviene de la República Democrática de Vietnam, establecida el 2 de septiembre de 1945 por Ho Chi Minh, el líder del movimiento de resistencia contra los japoneses, que habían ocupado el país durante la Segunda Guerra Mundial. Acabada ésta, los franceses intentaron volver a establecerse allí, pero fueron derrotados por los vietnamitas del Norte comunista y un Vietnam del Sur anticomunista. En la trágica guerra civil que siguió, en las décadas de 1960 y 1970, el sur fue derrotado a pesar del masivo apoyo militar y de la ayuda económica de los Estados Unidos. Su economía era tradicionalmente agrícola, con el arroz y el caucho como principales exportaciones, aunque los franceses también desarrollaron un área industrial importante en el norte basada en el procesamiento de recursos minerales. La industrialización ha sido impulsada por el gobierno, que posee y maneja prácticamente todas las empresas.

El único estado socialista aliado de la Unión Soviética en el continente americano es la República de Cuba. Fidel Castro, el líder revolucionario que derrocó al opresivo dictador Fulgencio Batista el 1 de enero de 1959, no se proclamó marxista al principio, pero la política anticastrista de los Estados Unidos, culminada con la

desastrosa invasión de la Bahía de Cochinos en 1961, le empujó a los brazos de la Unión Soviética, encantada de encontrar una base para propagar su doctrina en dicho continente. Aislada de sus mercados tradicionales, sobre todo dentro de los Estados Unidos, pero dependiente todavía de su exportación tradicional, el azúcar, Cuba sigue recibiendo la mayor parte de sus bienes manufacturados (incluido el armamento) del bloque soviético. En 1972 se hizo miembro del COMECON.

Rondo Cameron, *Historia económica mundial: desde el paleolítico hasta el presente*, pp. 433-439.